

de un gran plano arqueológico de la antigua Roma, ilustrado con un texto, el cual debía elaborarse sobre el fundamento de las ruinas que existían, de nuevas excavaciones, y de los testimonios de escritores antiguos. Así nació la carta sobre las antigüedades de Roma, dirigida á León X, y muy discutida (1), que ha sido atribuida primero á Castiglione, luego á Rafael y por algunos á Fulvio ó Fra Giocondo. La verdad podría ser, que aquella por extremo interesante relación, expresara las ideas de Rafael, en la forma que supo darles el hábil estilista Castiglione (2).

Dicha relación está empapada en un ardiente entusiasmo por la Antigüedad y por los maravillosos restos que de ella han quedado en Roma, «la reina del mundo». Por lo mismo, se acusa con enojo á los godos y á los vándalos, bárbaros aborrecibles, que de tal manera desconocieron y destruyeron los venerables testimonios de la grandeza y poder del Pueblo Romano, que no ha quedado de todo ello sino una manera de esqueleto despojado de carne. Mas si Rafael sigue aquí la manera de concebir antihistórica, que se había enseñoreado de los ánimos á fines de la Edad Media (3); es también, sin embargo, suficientemente imparcial, para traer á la memoria las culpas de los romanos de la Edad Media y del Rena-

(1) De ella existen dos redacciones. La una fué publicada primeramente en la edición de Padua de las obras de Castiglione de 1733, según un manuscrito de Sc. Maffei, y separadamente por P. E. Visconti (Roma, 1834), después también por Passavant (Raffaël, I, 539 ss.); Schmeller halló en la biblioteca palatina de Munich, una segunda redacción, algo posterior, que presenta algunas diferencias y añadiduras importantes, y ha sido publicada por Passavant, III, 43 ss. Yo sigo, con Reumont, III, 2, 358 ss., esta segunda redacción, la cual tiene su principio en los últimos días de la vida de Rafael. Gregorovius, VIII, 310, traslada la carta «al año 1518 ó 1519».

(2) La primitiva opinión, de que Castiglione compuso la relación, fué impugnada con buen suceso por D. Francesconi (Congettura che una lettera credita di B. Castiglione sia di Raffaello d' Urbino, Firenze, 1799); desde entonces pasó Rafael como el verdadero autor. Sólo H. Grimm procuró demostrar que esto era imposible (v. Zahns Jahrbücher für Kunstwissenschaft. 1871, 67 ss.). Mientras el dicho sabio berlinés declaraba autor á A. Fulvio, Springer creía que lo era Fra Giocondo. Contra estos dos intervino luego Müntz (Raphaël, 604 ss.) de nuevo enérgicamente en favor de Rafael. Con gran felicidad ha allanado Müntz las dificultades cronológicas, ponderadas por Grimm, que á primera faz crea la relación á los que tienen por autor á Rafael. Tanto Müntz como Francesconi no niegan que la forma exterior procede de Castiglione. Defienden esta misma opinión: Platner, I, 266; Roscoe-Bossi, IX, 265; XI, 172 s.; Gruyer, Raphaël et l'antiquité, I, 452; Reumont, III, 2, 358; Janitschek en el Lit. Zentralblatt, 1882, 516; Minghetti, 168, y Lanciani en el tratado citado con más pormenores abajo p. 196, nota 2.

(3) Cf. Grisar, Geschichte Roms, I, 94.

cimiento. Con noble libertad de espíritu acentúa: «¡Cuántos papas, Santísimo Padre, que poseyeron la dignidad de Vuestra Santidad, pero no el saber y la competencia y alteza de espíritu, ni aquella gracia que os comunica cierta semejanza con Dios; cuántos papas han derrocado antiguos templos, estatuas, arcos y otros magníficos edificios! ¡Cuántos han permitido que, sólo para obtener tierra puzolana, se destruyeran los fundamentos de suerte, que hubiera de sobrevenir la ruina de los edificios! ¡Cuántas antiguas estatuas y piezas ornamentales han sido convertidas en cal! ¡La nueva Roma, que ahora contemplamos en toda su grandeza y hermosura, adornada con palacios, iglesias y otros monumentos, ha sido edificada, para decirlo francamente, con cal hecha de antiguos mármoles!» Lleno de dolor conmemora Rafael el hecho de que, durante el tiempo de su permanencia, que no llega todavía á doce años, en la Ciudad Eterna, han sido destruidos los restos de la llamada «meta» de Rómulo cerca del castillo de Sant-Angelo, el arco de entrada de las termas de Diocleciano, el templo de Ceres en la Vía Sacra, y todavía, en los últimos tiempos, una parte del Foro de Nerva y gran parte de la Basílica del Foro; fuera de una multitud de columnas, trozos de frisos y arquitrabes: «¡barbarie que deshonra á nuestra época, pues ni el mismo Aníbal hubiera podido acampar más perniciosamente!» Rafael reclama, por consiguiente, del Papa, que defienda los pocos restos de la «antigua madre de la gloria y de la grandeza de Italia», para que los testimonios del valor y riqueza de aquellos «divinos espíritus», cuyo recuerdo todavía ahora inflama algunas veces á los vivientes con el deseo de cosas más elevadas, no sean aniquilados y corrompidos por los malos é ignorantes.

A grandes rasgos da luego Rafael un ingenioso compendio general del desenvolvimiento de la Arquitectura, en la Antigüedad, en la Edad Media y durante el Renacimiento; no es necesario decir que lo antiguo es para él, el no igualado modelo; y á la Arquitectura gótica de los alemanes, contrapone á Vitruvio (1). A

(1) Es digno de atención, que á pesar de todo el menosprecio del gótico, que Rafael comparte con sus compatriotas, con todo eso penetra en él un rayo de inteligencia de la arquitectura germánica; v. Reumont III, 2, 359; cf. Müntz 608 ss. V. también Mitteil. der k. k. Zentralkommission in Wien III (1858), 321 ss. El desprecio del gótico tiene conexión, en Rafael, con la aversión á los «bárbaros» v. Mestica, La cultura ed i sentimenti politici di Raffaello, en la Nuova Antologia 1899, 16 de Febrero.

esto sigue una exposición del procedimiento que debe seguirse en el medir y levantar planos de los antiguos edificios (1).

El plano de la Ciudad debía desarrollarse en catorce hojas, cada una de las cuales abrazaría una de las regiones marcadas por el Emperador Augusto; y en la ejecución de él prestaban auxilio al pintor de Urbino, así Andrés Fulvio como Mario Fabio Calvo (2). Los contemporáneos atribuyeron á sólo Rafael todo aquel trabajo, que todos los aficionados á la Antigüedad seguían con el mayor interés. El erudito Celio Calcagnini, que celebró en un poema latino al genial descubridor de la destruída Roma (3), escribía á su amigo Jacobo Ziegler: «Rafael se ocupa al presente en un maravilloso trabajo, que parecerá increíble á los venideros. Traza una representación de la Ciudad de Roma, que la muestra restituída en gran parte á su antigua figura, en su primitiva extensión y con las mutuas relaciones de sus diferentes partes. Para este fin, ha hecho excavaciones en el interior de las colinas y en los más profundos cimientos, y cotejado los resultados obtenidos con las descripciones y medidas de los autores antiguos. Este trabajo ha llenado al Papa León X y á todos los romanos de tal admiración, que todos contemplan á su autor como un sér superior, enviado

(1) Cf. Burckhardt, Kultur I<sup>3</sup>, 231.

(2) Además de Kühlen (Calvo und Calcagnini in Bezug auf Raffael, en el Kunstblatt 1844, n.º 46-47), cf. especialmente Lanciani, La pianta di Roma antica e i disegni archeol. di Raffaello Sanzio, en los Rendic. d. R. Accad. dei Lincei, Cl. scienze mor., 5 Serie, III (1894), 795 ss. Después de la muerte de Rafael, sus amigos sobrevivientes continuaron el trabajo de manera que Fulvio emprendió la preparación del texto y Calvo la del dibujo. Así, en 1527, salieron á luz las Antiquitates de Fulvio y el plano de Calvo. De este último (M. Fulvius Calvus, Antiquae Urbis cum regionibus Simulachrum, Romae, publicado por Ludov. Vicentinus, 1527) ha descubierto Lanziani el único ejemplar, existente en la Bibl. Vitt. Emm. (Collez. rom. 3, G. 21), el cual se le pasó por alto á Sacco. Según la opinión de dicho sabio, el recuerdo de que Calvo y Rafael trabajaron en íntimo consorcio en sus investigaciones para la topografía de Roma, ha sido causa de que se adjudicase exclusivamente al de Urbino la paternidad del trabajo, que en su idea fué excelente, mas en la manera de ponerlo por obra fué enteramente desgraciado. Por consiguiente, el plano de Calvo sería aquél, que se esperaba se publicase con la colaboración y, por decirlo así, bajo el protectorado de Rafael; los múltiples afanes (cf. Rossi, Pianta di Roma 113) por hallar el autógrafo de Rafael, respecto de ese plano, han quedado sin efecto, por la razón que enuncia Lanciani, de no haber existido nunca. C. v. Fabriczy (Repert. für Kunstwissensch. XIX, 494 s.) parece inclinado á asentir á estas explicaciones. Gnoli, Secolo II, 650, menciona la burla que hizo Aretino de semejante plano.

(3) Roscoe-Bossi XI, 93 nota. Cf. también los versos de Cayo Silvano Germánico, citados por Gnoli en el Arch. dell' Arte II, 250.

por el cielo sólo para restituir á la Ciudad Eterna su majestad antigua (1).

Fué, por consiguiente, por extremo grande el dolor de todas las personas instruídas, cuando la temprana muerte de Rafael interrumpió de súbito aquel trabajo. En versos, que se han hecho célebres, lamentaba Castiglione, que la envidiosa Suerte hubiera arrebatado del mundo al que había resucitado de nuevo á la vida la antigua Roma (2). El noble veneciano Marco Antonio Michiel ponderaba, en una carta de 15 de Abril de 1520, la pérdida que habían sufrido igualmente la Pintura y la Arquitectura. «Como Ptolomeo describió el mundo, decía, así describió Rafael en un libro todos los antiguos edificios de la Ciudad, dando tan claramente su forma, proporciones y ornamentos, que quien veía sus dibujos creía ver la misma Roma antigua. Ya había perfeccionado la primera región, dando, no solamente el perfil y situación de los edificios, en virtud de una solícita investigación de sus ruinas, sino representando asimismo sus fachadas, como se coligen haber sido, por el diligente estudio de Vitruvio, de las reglas de la arquitectura antigua, y la comparación de los antiguos autores (3).

Mientras con tal fervor se cultivaban en la Roma leonina los estudios clásicos, la Filosofía y la Teología tenían que contentarse con una modesta posición. La peligrosa dirección que había tomado Pedro Pomponazzi en la primera de estas disciplinas, condujo á su condenación en el Concilio de Letrán (4). El enérgico adversario de Pomponazzi, Agustín Nifo (5), fué llamado por León X á la Universidad de Roma, y repetidas veces distinguido

(1) C. Calcagnini Opera, Basil. 1544, 101. Sobre Calcagnini cf. Luzio-Renier en el Giorn. d. lett. Ital. XXXV, 240 s.

(2) B. Castil. Carmina, Romae, 1760, 150, Roscoe-Bossi XI, 92.

(3) Sanuto, XXVIII, 424.

(4) V. nuestras indicaciones vol. V, p. 183 ss. y abajo capítulo XII. Es cosa notable, de cuánto aprecio gozó Pomponazzi á pesar de la condenación de su libro. Cf. Costa en los Atti p. I. Romagna 1903, 287 ss. Es notorio que Bembo interpuso su mediación para con el Papa en favor de Pomponazzi. Sobre el cardenal Médici, como adversario del escrito contra la inmortalidad, v. Atti p. I. Romagna VI, 148.

(5) Cf. Tiraboschi VII, 1, 339 s. y IX, 305; Marini, Archiatri I, 289 y Lettera 40. Roscoe-Bossi IX, 111 ss., 229 s.; XII, 239; Tuozzi, A. Nifo e le sue opere, en los Atti d. Accad. di Padova, N. S. XX, (1904). Debe de ser falsa la opinión defendida todavía recientemente por Corso en la Riv. calabr. X, (1902), de que Nifo nació en Joppolo (Jópolo).

por el Papa con títulos y honores (1). Al paso que Nifo se ocupaba principalmente con Aristóteles, Juan Francisco Pico de la Mirándola se manifestaba adversario del Estagirita y entusiasta admirador de Platón; y también en otros diferentes respectos, se manifestó la antítesis entre estos dos eruditos: Nifo abrigaba opiniones morales muy libres, y Pico, por el contrario, muy severas. León X mostró repetidamente á Pico un cordial interés, por la mala suerte con que tuvo que luchar; por lo cual, lleno de gratitud, dedicó aquel erudito varón al Papa su obra: «Sobre el amor divino» (2).

También merece aquí particular mención *Egidio Canisio de Viterbo* (que fué adornado por León X con la púrpura cardenalicia) como autor de una obra en que procuró dar una explicación filosófica de la Historia profana y eclesiástica, antes y después de la Encarnación del Señor (3). Toda ella es una rara, y con frecuencia muy desordenada mezcla (4) de noticias históricas y desarrollos filosóficos, filológicos, morales, exegéticos y alegóricos, fundados estos últimos sobre la base de las profecías del Antiguo Testamento. No sólo son de valor muchos datos autobiográficos, sino también las numerosas noticias que da sobre los papas de aquella época, á algunos de los cuales juzga con noble libertad de espíritu; pero forma extraño contraste con esta severidad, el desmedido encomio que Egidio, como si fuera un perfecto cortesano, tributa á León X. También tiene esta obra particular importancia, por cuanto manifiesta de qué manera habían penetrado las

(1) V. Marini, *Archiatri* I, 289. Sobre el filósofo Francisco Diaceto, favorecido por León X, v. Cian, *Cortegiano*, 83; sobre el filósofo español, Juan Montes de Oca, llamado á Roma, v. *Atti p. l. Romagna*, 1903, 293 ss. Cf. apéndice, n.º 11.

(2) Cf. *Tiraboschi* VII, 1, 355. Sobre Gianfrancesco Pico v. también nuestras indicaciones vol. V, p. 235 s., vol. VI, p. 260 y vol. VII, p. 40. El ejemplar de su escrito *De amore divino*, dedicado al Papa, se conserva en la Biblioteca Laurent. v. *Bandinius* III, 518.

(3) \**Historia viginti saeculorum per totidem psalmos conscripta*. Cod. C. 8, 19 de la *Bibl. Angélica de Roma*. De este manuscrito (Cf. *Narducci*, *Catal.* 177; v. *ibid.* 223 sobre el Cod. D. 8, 6.) me he servido yo. *Pélissier*, *Rev. d. Biblioth.* II, 238 ss., cita todavía un manuscrito de la *Biblioteca nacional de Nápoles* (IX, B, 14; cf. *Ossinger* 194; *Montfaucon* I, 232), en el cual ve el original. Otro tercer manuscrito, que se le escapó á *Pélissier*, se halla en la *Bibl. de Dresde*; de este se aprovechó *Höfler* (*Archiv f. österr. Gesch.* 1854, 378 s.).

(4) No puedo desechar la sospecha, de que la obra—tal como está—es un primer bosquejo.

ideas humanísticas aun en las opiniones de personas religiosas de muy austeros sentimientos (1).

De los filósofos nos conduce á los teólogos el napolitano *Ambrosio Fiandino*, de la Orden de San Agustín, nombrado por León X, en 1517, obispo sufragáneo de Mantua. Fiandino compuso también varios escritos contra Lutero. El primero que salió en Italia á la palestra contra Lutero, pertenecía á la Orden que también en Alemania presentó tan numerosos campeones contra el novador de Wittenberg (2): fué el maestro del Sacro Palacio de León X, *Silvestre Prierias*, de cuya acción ya hemos hablado arriba (3). A los nombrados se añaden, entre los primeros adversarios de Lutero, los dominicos *Ambrosio Catarino* y *Tomás Rhadino*, profesores de la Universidad romana, así como el veneciano *Cristobal Marcello* (4). A todos sobrepujó con gran ventaja el *Cardenal Cayetano*, que fué, sin duda alguna, el más importante teólogo de la corte de León X. Casi todos los escritos de este egregio varón, á quien llamó *Clemente VII* «Luz de la Iglesia», fueron compuestos en Roma. Dieron principalmente gloria al cardenal Cayetano, sus clásicos comentarios sobre la *Summa* de Santo Tomás de Aquino, y su tratado, compuesto todavía en tiempo de Julio II, sobre la autoridad del Papa y de los Concilios. Además escribió también un gran número de tratados particulares, en los que impugnó las novedades luteranas, con

(1) Cf. la crítica ingeniosa y circunstanciada de *Pélissier*, *De opere historico Aegidii card. Viterb. «Hist. viginti saecul.»*, *Monspeli* 1896. Por lo demás, la obra no es tan desconocida como cree *Pélissier*. Al contrario, ha sido muy frecuentemente utilizada; por ejemplo, por *Victorellus* en *Ciaconius* II, 551, 590; *Manni*, *Anni santi*, 48; *Georgius*, *Nicolaus* V, 66, 76; *Baluze*, *Vitae* I, 625; además por *Höfler* loc. cit.; *Laemmer*, *Zur Kirchengeschichte* 66 s.; *Tommasini* en el *Arch. d. Soc. Rom.* III, 77; y finalmente, en la presente obra, tomos I, II, III. Las disertaciones panegíricas de Egidio sobre León X, se acomodan muy bien con la carta del mismo, que cita *Ulmann*, *Studien*, 95 s.

(2) Cf. *Paulus*, *Die deutschen Dominikaner im Kampfe gegen Luther* (1518 hasta 1563) *Freiburg i. Br.*, 1903. Pertenecía igualmente á la orden dominicana *Sante Pagnini da Lucca*, cuya traducción de la Biblia fué promovida con mucho celo por León X. *Renazzi* II, 13-14.

(3) Cf. vol. VII, p. 327 s., 350 ss.

(4) Sobre estos y aún algunos otros, cf. *Kalkoff*, *Aleander* 221 y *Forschungen* 176 s. Sobre *Catarino*, fuera del *Kirchenlexikon* II<sup>3</sup>, 2053, cf. también *Marini*, *Lettera* 28, y *Laemmer*, *Vortrid.* *Theol.* 21. V. también *Fraknoi Verböczi* 160 ss., y arriba p. 21. Sobre el dominico *Pedro Colonna*, llamado *Galatino* por su patria, que en 1518 escribió una obra sobre la «verdad católica» contra los judíos, v. *Tiraboschi* VII, 1, 308.

gran prudencia y comedimiento, y defendió las doctrinas de la antigua Iglesia (1). Al lado de Cayetano hay que nombrar, como teólogo distinguido de aquella época, á Alberto Pío de Carpi, el cual, lo propio que muchos otros eruditos de ideas severamente católicas (2), fué adversario del más famoso erudito de aquella época: *Erasmus de Rotterdam*.

Cuando Erasmo moraba en Roma, en el año de 1509, y los cardenales trataban con él como con un hermano, había estado también repetidas veces en el palacio de Juan de' Médici; pero la verdad es que apenas se había establecido entre ellos una relación íntima. Con esto se puede explicar el que, después de la elevación del cardenal Médici al trono pontificio, no se dirigiese á Erasmo invitación alguna para que fuera á Roma. Por su parte, el mismo Erasmo dejó pasar dos años enteros, antes de reanudar sus relaciones con León X; bien que entonces echó mano de la más repugnante adulación y de la sumisión más abyecta. Desde Londres envió al Papa, á 28 de Abril de 1515, un escrito tan prolijo como hinchado, en el cual comenzaba por disculpar su atrevimiento de dirigirse por carta á aquel varón, que estaba tan por encima de los hombres cuanto éstos lo están de las bestias. «¡Oh, si me fuera permitido arrojar me ante vuestros, de verdad santísimos pies, é imprimir en ellos un ósculo!» Después de esta introducción, canta Erasmo con los más subidos tonos las alabanzas de los Médici y del Papa, que sobrepujaba á todos los miembros de su familia, y era tan grande en su calidad de favorecedor de las ciencias, como en la de príncipe de la paz. Como particular gracia, solicita para sí la de poder dedicar á León X su edición de San Jerónimo (3).

Semejante homenaje del más celebrado de todos los humanistas, debía producir en el Papa Médici la más grata impresión; por lo cual, aceptó la dedicatoria de la edición de San Jerónimo, y asimismo la del Nuevo Testamento griego; al propio tiempo

(1) V. Jäger, *Kajetans Kampf gegen die lutherische Lehrform*, aus seinen Traktaten dargelegt, en *Niedners Zeitschr. f. histor. Theol.* 1858, 431 ss. Cf. además Echard et Quétif II, 14 s.; Hurter, *Nomenclator*; Werner, *Der hl. Thomas von Aquin*, III, 251 s.; Scheeben en el *Kirchenlexikon* III<sup>2</sup>, 1675 s.; Jenkins, *Pre-Tridentine Doctrine: a Review of the Commentary on the Scriptures of Thomas de Vio*, London 1891, y A. Cossio, *Il card. Gaetano e la riforma* I, Cividale, 1902.

(2) Cf. Hess I, 301 s.

(3) *Erasmi Op.* III, 1, 149. Hartfelder, *Erasmus* 129 s.

recomendó á Erasmo al rey Enrique VIII de Inglaterra (1); pero sin embargo, no se siguió el llamamiento á la corte pontificia que pudo haber esperado Erasmo, precisamente entonces, cuando más vivamente volvía á sentir la añoranza de Roma. Esto no obstante, León X accedió á otra súplica que le hizo presentar el célebre erudito por medio del Nuncio inglés Andrés Ammonius. Erasmo había dejado sus hábitos religiosos por su propio arbitrio, y con ello había incurrido en excomunión; y además, por efecto de su ilegítimo nacimiento, era inhábil para recibir cualquiera beneficio eclesiástico. En todas estas dificultades debía venir en su ayuda la gracia del Papa. Por su parte, prometía Erasmo, no publicar en adelante ninguna página, que no anunciara las alabanzas del por demás alto y bondadoso Papa León X (2).

Con cuánto empeño se tomara en Roma el contentar á la primera celebridad literaria de aquella época, lo muestra la forma delicada y llena de miramientos, con que se le concedieron las gracias solicitadas. A fines de Enero de 1517, se expidieron tres decretos, dos de los cuales estaban redactados de suerte, que nadie entendió cuál era la mancha que afectaba el nacimiento de Erasmo, ni por qué causa había incurrido en las censuras eclesiásticas (3). Erasmo prometió, en su escrito de acción de gracias, esforzarse desde entonces «con pies y manos», para acrecentar la gloria del Papa que, por su sabiduría y piedad, volvía á traer la Edad de oro (4).

Asimismo, en el tiempo siguiente, mantuviéronse tan buenas como hasta entonces las relaciones entre el más famoso humanista y el más celebrado Mecenas de aquella época; y esto continuó siendo todavía así, aun cuando se multiplicaron las voces que levantaban contra Erasmo las más duras acusaciones, como autor y fautor de los errores luteranos. El mismo Erasmo no dejó de sentir que su conducta, en aquel asunto, ofrecía puntos vulnerables; por lo cual, se apresuró á alejar de sí toda sospecha por medio de enérgicas protestas de adhesión. Con grande habilidad hizo sonar, en su escrito de disculpa, una cuerda que sabía de

(1) *Erasmi Op.* III, 1, 156 s.

(2) *Erasmi Op.* III, 1, 159. Hartfelder 131.

(3) Uno de estos breves se halla en *Erasmi Op.* III, 1, 166; los otros dos en Vischer, *Erasmiana*, 26 ss.; cf. además Janssen-Pastor II<sup>18</sup>, 7, not. 3, y Hartfelder 132 s.

(4) V. Hartfelder 133.

cierto había de hallar eco en León X. Ante todo presentó á sus adversarios como enemigos de la ciencia, los cuales le atacaban solamente por que la defendía. «Desde su cuna, son esas gentes enemigas de las Musas y las Gracias, y hacen una guerra sin tregua contra los estudios, de los cuales no tienen inteligencia alguna. ¡Luego claman que la Religión está en peligro, considerándose, naturalmente, ellos mismos como sus apoyos!» Pero, con todo eso, no quiere Erasmo dejarse apartar de sus nobles trabajos, afirmando con énfasis: «Por muy insignificante que pueda ser mi talento, ha sido de una vez para siempre consagrado á Cristo; sólo á la gloria de Cristo serviré; serviré á la Iglesia romana, á la Cabeza de esa Iglesia, y de una manera particular á Vuestra Santidad, de quien me siento tan infinitamente deudor» (1).

Como los acusadores, ante todo Aleander, no enmudecieran tampoco entonces, volvióse á dirigir Erasmo otra vez al mismo Papa. Hombres desleales, le representaba á 13 de Septiembre de 1520, enemigos de las bellas ciencias, querían calumniarle, como si hiciera suya la causa de Reuchlin y de Lutero. Ninguna cosa es más falsa. Él no conoce á Lutero, ni ha leído sus escritos, si se exceptúan tal vez hasta doce páginas, que no ha hecho más que recorrer de pasada. Es verdad que, por esto poco, le pareció que Lutero poseía aptitudes para explicar la Biblia según el estilo de los antiguos; pero tan pronto como se enteró de las turbulencias que por su causa se habían promovido, sintió tal aversión, que hizo desistir al impresor Froben, hasta por medio de amenazas, de la impresión de semejantes escritos. Fuera de esto, había rogado instantemente á sus amigos, exhortaran á Lutero á la moderación y á conservar la paz de la Iglesia. «Cuando él mismo me escribió por primera vez, hace dos años, le representé con mucha caridad, las cosas que deseaba evitara. ¡Ojalá hubiera seguido este consejo mío! He entendido que aquella carta fué entregada á Vuestra Santidad, y me acarreó la desestima de Vuestra Santidad; cuando debía haberme procurado más bien el favor papal.» Al fin, se defiende Erasmo del reproche de no haber todavía escrito nada contra Lutero. Por una parte, le había faltado tiempo para estudiar á fondo los escritos del heresiarca, y asimismo se hallaba falto de las aptitudes necesarias para esto; además, no había

(1) Carta de 13 de Agosto de 1519. Erasmi Op. III, 1, 490. Cf. Hartfelder 134 s.

querido intervenir, adelantándose á las Facultades de Teología, que se ocupaban en aquel asunto; finalmente, confiesa también el motivo principal de su silencio; es á saber: el temor de atraer sobre sí el odio de muchos (1).

Esta carta parece haber producido, por lo menos en León X, el efecto deseado. A 16 de Enero de 1521, contestaba el Papa, que realmente, no sólo algunas personas muy prudentes y honestas, sino también algunos de sus escritos, habían despertado en él dudas acerca de sus sentimientos; pero que su carta había deshecho todas aquellas malas impresiones; que ya no dudaba de su adhesión á la Santa Sede y á la fe de la Iglesia, y deseaba que todos se convencieran de ello como él lo estaba. Al propio tiempo debía exhortarle á emplear sus talentos y erudición para combatir el luteranismo (2).

De las cartas del cardenal Médici á Aleander, de otoño de 1521, se colige que él mismo, á pesar de todas las desfavorables relaciones sobre la actitud de Erasmo, continuaba siendo de parecer, que debían guardarse con él los mayores miramientos y blandura (3); y en este respecto, se llegó hasta el límite extremo, y por ventura aún se fué más allá. Verdad es que todavía posteriormente el mismo Adriano VI esperó que lograría ganar la más bien cortada pluma de la Cristiandad, y al primer latinista de la época, para la defensa de la Iglesia contra las novedades religiosas.

Por muy exagerados que fueran los elogios que hizo Erasmo de los merecimientos científicos de León X, en un concepto parecen indudablemente justificados en parte; es á saber; en cuanto se refieren á los estudios helénicos. Es ya de grande importancia en este respecto, la protección que dispensó León X á la tipografía veneciana de Aldo Manuzio (n. 1450, m. 1515). No era éste un editor ordinario, sino al propio tiempo un erudito, al par que hombre sinceramente adicto á su religión. Expresamente recomendaba, en el prólogo á su edición de Lucrecio, se desechara todo aquello que contradecía á las opiniones de los teólogos; y mostró su veneración hacia la Santa Sede, entre otras

(1) Erasmi Op. III, 1, 578. Hartfelder, 135 s.

(2) Balan, Mon. ref. n. 53, 129-130; ya antes, algo diferente, la había publicado Laemmer, Mon. Vat. 1 s.

(3) Balan, loc. cit., 292 ss.

cosas, omitiendo, en la publicación de las obras de Petrarca, los apasionados sonetos del mismo contra Roma. Los libros impresos por Aldo Manuzio, á los cuales, con mercantil habilidad, supo abrir mercados enteramente nuevos, eran universalmente estimados por su corrección y presentación elegante. La acción de aquella casa, que pronto alcanzó fama en todo el mundo, tenía cierto carácter universal, extraordinario para aquellos tiempos. Aldo Manuzio adquirió un especial mérito, remediando con buen éxito la falta que se sentía de libros griegos (1). Poco después de la elevación de León X comenzó á aparecer en la imprenta de Aldo Manuzio la edición de obras de Platón (2), dirigida por Marco Musuro. Además de un hermoso poema griego de Musuro, adorna la primera parte de esta importante publicación, aquella elevada dedicatoria de Aldo, que dejamos ya mencionada. El Papa se contentó en gran manera; pues apenas se hubiera podido dirigir al hijo de Lorenzo de' Médici una dedicatoria más á propósito, y mostró su gratitud con un documento, que lleva la fecha de 28 de Noviembre de 1513. En el mismo ensalza la incansable diligencia y las fatigas y gastos empleados, desde hacía muchos años, por Aldo Manuzio, en la impresión de obras doctas; después de lo cual le concede por otros quince años el privilegio exclusivo de imprimir y hacer editar de nuevo todas las obras griegas y latinas que había editado ya, ó editara en adelante, con el hermoso tipo cursivo por él inventado. Se amenaza á todos los imitadores y reimpresores con graves penas pecuniarias y censuras eclesiásticas, y á su vez se recomienda al editor que no venda sus obras á un precio excesivo, sino por el que sea justo (3).

Para fomentar los estudios griegos en Roma, llamó León X á la Ciudad Eterna, luego el año primero de su pontificado, al fa-

(1) Cf. A. Firmin-Didot, *A. Man. et l'hellénisme à Venise*, Paris 1875; Frommann, *Aufsätze zur Gesch. des Buchhandels II*, Jena 1881, 11-51; Geiger en *Beil. zur Allgem. Zeitung* 1881, Nr. 284; Schück, *Aldus Man.* 56 s., 68, 100 s.; Mühlbrecht, *Bücherliebhaberei* 31, 33 s.; P. de Nolhac, *Correspond. de A. Man.*, en *Studi e doc.* VIII, 247 s., cf. *Giorn. d. lett. Ital.* XIII, 391 s.; Castellani, *La stampa in Venezia*, Venezia 1889; F. Ongania, *L'arte di stamp. nel rinasc. a Venezia*, Venezia 1895; *Rev. d. Biblioth.* VI, 143 s., 237 s., 311 s. *Fumagalli, Lexic. typogr. Ital.* ed. Milano 1905.

(2) Cf. *Legrand, Bibliogr. hellénique I*, cxvi, y 100 s.

(3) *Roscoe-Bossi V*, 301 s. Sobre las quejas levantadas contra este privilegio, de parte del impresor florentino Giunta, y cómo las hizo cesar León X, v. *Marzi, Una questione libraria fra i Giunti ed Aldo Manuzio* (Nozze-Publ.), Firenze 1895.

moso *Giano Lascari* (1) y á su discípulo *Marcos Musuro* (2). Al primero, que había ya estado en las más íntimas relaciones con Lorenzo el Magnífico, se envió un escrito compuesto por Sadoletto y concebido en los términos más amables y aptos para obligar (3); y en el escrito á Musuro, redactado por Bembo, se dice, que el Papa deseaba ardientemente volver á reavivar los estudios de la lengua y literatura griegas, cuyo conocimiento estaba casi extinguido; y generalmente, fomentar las ciencias cuanto estuviera de su mano. Musuro debía, por tanto, llevar consigo á Roma diez ó más jóvenes de buena disposición, para que los italianos pudieran aprender de ellos la buena pronunciación griega. Todas las cosas particulares tocantes á la proyectada escuela y plantel científico, serían dispuestos por Lascari (4).

Para asiento del nuevo *Colegio griego*, se destinó la casa de Colocci, situada en el Quirinal (5); Lascari fué nombrado Rector, y él y Musuro, que llegó á Roma en 1516 (6), enseñaban el griego, mientras enseñaba latín el cremonense Benedetto Lampridio, distinguido también como poeta (7). Con el colegio, á que se dió el nombre de *Academia Medicea*, se juntó una imprenta, la cual debía remediar la gran falta que se sentía de libros griegos. También en Florencia fundó León X otro colegio semejante, cuyo rector fué Arsenio Apostolios (8).

Lascari fué muy honrado por León X (9). Ya en Febrero de 1514,

(1) Müller ha coleccionado en el *Zentralbl. f. Bibliothekwesen I*, 333 s., las fuentes y las obras más antiguas sobre Giano Lascari; cf. 411 s. sobre el trabajo defectuoso de Vast, *De vita et operibus J. Lascaris*, Paris 1878. Lo mejor se halla en *Legrand, Bibliogr. hellénique I*, cxxxi-clxii; II, 322-336. Cf. además Schück, *Aldus*, 80, y *Mél. d'arch.* 1886, 251 ss.; *Rev. d. Biblioth.* II, 280 ss.; IV, 84 ss; *Flamini* 96, 535.

(2) Cf. además *Menge, Hesychius, rec. Schmidt*, Jena 1868: *Legrand I*, cxxiv.

(3) *Sadoletti epist. Leonis X*, 1759, 2-3.

(4) *Bembi epist. IV*, 8. Cf. *Vast* 82 s.

(5) *Lancellotti, Colocci* 36. *Fogliazzi, Raph. Brandolini* 128, y *Marini, Lettera* 70.

(6) Cf. *Arch. Veneto, N. S. II*, 1 (1901), 173-174.

(7) Sobre Lampridio, cf. *Tiraboschi VII*, 3, 197 ss.; *Renazzi II*, 13 s.; *Gnoli, Un giudizio* 78; *Giorn. de lett. Ital.*, XXXVI, 345; *Nolhac*, 134; *Flamini* 121.

(8) *Legrand I*, clxx. Sobre los *Praeclara dicta* dedicados al Papa León X, por Arsenio, arzobispo de Monembasia (cf. *Tiraboschi VII*, 2, 395 ss.), v. *Roscoe-Bossi IV*, 116, 163 s. *La Biblioteca Laurentiana* conserva *Plut. IV, Cod. XVI: \*Arsenii Monembasiae Flores auctorum ad Leonem X*.

(9) Recibía una pensión mensual; *Amati*, 216, 226. El papa socorría también á su familia; v. *Rev. d. Biblioth.* V, 325-329.